

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DE ERC, JOSEP-LLUÍS CAROD-ROVIRA (CONGRESO DE LOS DIPUTADOS 2/11/05)**

Señor presidente, señoras y señores diputados, señor presidente del Gobierno, president de la Generalitat, president del Parlament, president Pujol, en España existe un Estado y hay varias naciones. La frase es del gran escritor José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín, y fue publicada en el diario *ABC* pronto hará un siglo. Desde esta convicción y desde la voluntad irrenunciable de autogobernarnos es esta la cuarta vez en menos de cien años que Cataluña acude a estas Cortes para presentar un Estatuto de autonomía. La primera fue en 1918 y el rechazo pocos meses después a la propuesta culminó con el abandono de sus escaños por parte de todos los diputados catalanes; la segunda, en plena República, con una delegación encabezada por Lluís Companys, ocho años más tarde fusilado por el ejército franquista; la tercera, en el periodo constituyente de la actual etapa con todas las limitaciones y presiones de la época; y ahora la cuarta, la primera ocasión en la historia en que el Estatut lo ha aprobado un Parlament de Cataluña, y lo ha hecho con un consenso altísimo de 120 diputados sobre un total de 135, con un gran esfuerzo de entendimiento por partidos que tenemos proyectos muy distintos. Hoy más que nunca la voz del Parlament es la voz de Cataluña.

¿Para qué quiere Cataluña el nuevo Estatuto? Para hacer frente a los desafíos, los proyectos y las ilusiones de una sociedad moderna y democrática a principios del siglo XXI. No venimos pues a plantear problemas, sino a proponer soluciones y a defender nuestros intereses de forma democrática porque esta es nuestra cultura política. Modernidad y democracia son los ejes básicos de nuestra propuesta colectiva, porque colectiva es una propuesta que viene avalada por un apoyo mayoritario tan incuestionable. Contiene este Estatuto una interpretación avanzada de los derechos civiles, lo cual lo convierte en uno de los textos más modernos de Europa en relación con la igualdad entre hombres y mujeres, la sostenibilidad o la apelación a pactos y tratados internacionales que garantizan derechos y libertades fundamentales, y así debe ser en la complejidad de un pueblo en un Estado plural, en una Unión Europea con veinticinco Estados, casi una tercera parte de los cuales mucho más pequeños que Cataluña, y en un mundo diverso y globalizado. Este Estatuto es un instrumento imprescindible para asegurar el bienestar de la sociedad catalana, al margen del origen de cada uno de sus miembros en una tierra que fue y sigue siendo tierra y país de acogida; es un instrumento de progreso material, cultural y democrático que requiere competencias para ser más eficientes ante los nuevos problemas y recursos adecuados para ser más justos en una sociedad con déficit sociales hoy ya alarmantes.

Cataluña ha sido siempre, y quiere seguir siéndolo, solidaria, pero este es un concepto que debería ser de doble dirección y sobre el cual se hacen todo tipo de demagogias. Cerca de un millón y medio de catalanes tienen una renta disponible inferior a la media española, con un coste de la vida superior a la media estatal, con infraestructuras y servicios de peaje, sin las prestaciones sociales o las medidas de apoyo a las empresas propias de otras comunidades y con industrias en crisis, y de esto casi nadie se acuerda nunca. Nuestra solidaridad interior, pues, debe ser también ejercida con quienes más lo necesitan para que no peligre la cohesión social ni la calidad de vida de las personas con rentas más bajas, y podamos garantizar igualdad de oportunidades y también una reconversión industrial hacia sectores de mayor valor añadido. Hay más pobres hoy en Cataluña que habitantes en ciertas comunidades autónomas.

Han pasado 26 años desde la aprobación del Estatuto en vigor y, en unos tiempos en donde los cambios son permanentes, todo debe ponerse al día, actualizarse, modernizarse; el Estatut también. España lleva ya dos décadas en Europa y el Estatuto no contempla mecanismos de participación en el proceso europeo, como sí sucede en Estados federales, plurinacionales o regionalizados. Nada dice el Estatuto del fenómeno de la inmigración, de gran impacto en la Cataluña de hoy y que debemos tratar con acierto para que sea una oportunidad y no una fuente de problemas; ni tampoco contiene el actual Estatut una sola línea a propósito de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ni sobre las grandes infraestructuras, imprescindibles para mantener la competitividad de la empresa catalana y el atractivo para captar la inversión exterior. Hace un cuarto de siglo la realidad era otra; hoy, que tanto ha cambiado, requiere un nuevo Estatuto.

Este no es un Estatuto contra nadie sino a favor de una Cataluña capaz de movilizar sus energías positivas a beneficio de todos los ciudadanos y ciudadanas, con independencia del lugar donde hayan nacido, del apellido que lleven, de la lengua que hablen. No es un Estatuto de confrontación sino de diálogo, porque busca el acuerdo, busca el pacto, busca la negociación característica de todo marco democrático. Este texto no teme a la palabra libre y constructiva, pero sí se alza frente al tópico, la mentira o el prejuicio. El Estatuto que presentamos persigue un modelo de convivencia con todos los pueblos del Estado basado en el respeto a la diversidad y a la diferencia democráticamente expresados. Venimos hasta aquí a decirles: Vamos a compartir la casa, pero hagámoslo con igualdad de derechos y de deberes. Planteamos esto y no planteamos otra cosa. Basta ya, pues, de mentiras y de tópicos que siembran el odio por puro interés electoral. Hace por lo menos un siglo que venimos diciendo lo mismo y frente a nosotros seguimos encontrando aún la vigencia imperturbable del centralismo uniformista más rancio, ajeno a los vientos plurales de la historia. Pasan los años y los partidos, cambian los parlamentos y los políticos, aparecen y desaparecen periódicos, llegan dictaduras y democracias y Cataluña sigue existiendo solo por la voluntad de sus gentes, pero siguen existiendo también los mismos tópicos de siempre sobre Cataluña, su cultura, su economía, su lengua, sus habitantes. Consulten ustedes la prensa de los años diez, veinte o treinta de siglo XX y encontrarán ahí el artículo de siempre, el prejuicio de siempre, la mentira de siempre, que hoy perdura con la misma dosis de catalanofobia y, por cierto, sin ningún atisbo de originalidad creativa o innovadora. **(Rumores.)** Siempre lo mismo de siempre. ¡ Qué decepción, qué fatiga, qué poco atractivo puede llegar a resultar esto!

Ahora tenemos la oportunidad de abrir un proceso de debate democrático sobre la convivencia en la diversidad. Es una oportunidad única si situamos la clave del debate en el imperio de la razón y no en la amenaza del conflicto. Ya es hora de que España como Estado asuma su condición plural con sinceridad y convicción, y no como un engorro insoportable o una molestia inevitable. Porque un Estado con diversas lenguas y culturas es mucho más rico que un Estado monolingüe. Cansa tanto, frustra tanto obviedades década tras década. ¿Es normal, pongamos por caso, que hoy la lengua catalana se enseñe en siete universidades de la España de lengua castellana frente a nueve universidades de Estados Unidos, 14 de Italia, 18 de Francia, 19 de la Gran Bretaña ó 28 de Alemania? ¿Es normal eso? ¿España, orgullosa de tener la quinta lengua más hablada de la Unión Europea, el español, lo está asimismo de tener a la décima, el catalán, también la décima lengua más traducida del mundo, y lo asume así con normalidad y sinceridad como algo realmente propio? ¿Para qué nos quiere España a los catalanes si debemos estar casi permanentemente bajo sospecha, justificando por qué somos como somos y hablamos como hablamos? Porque somos y hablamos no contra nadie sino con la misma naturalidad con que otros son otra cosa y hablan otra lengua. ¿Por qué razón los mismos que nos llaman españoles nos tratan como a extranjeros? ¿Cómo nos quiere España? ¿Tienen un lugar para nosotros sin dejar de ser lo que somos?

Más allá del incomodo que puedan producir algunas de mis palabras en ciertos sectores de la Cámara prefiero hablar con claridad, lo diga o lo silencie una ley o bien otra: Cataluña es una nación. Y así lo asumen ciudadanos catalanes que se sienten a la vez españoles y otros que solo se sienten catalanes; y no lo asumen contra nadie. Hemos mantenido esta conciencia de pertenencia nacional en los tiempos más difíciles de nuestra historia. A muchos compatriotas les costó la vida y represión, y no vamos a renunciar a hacerlo ahora en plena democracia porque no existe ley alguna capaz de prohibir los sentimientos, ni de regular las emociones, ni de modificar las convicciones. Lo canta Raymond con acierto:

**(Continúa su intervención en catalán, cuyo texto, que entrega al "Diario de Sesiones", dice lo siguiente: Jo vinc d'un silenci antic i molt llarg, de gent sense mistics ni grans camitans. Jo vinc d'un silenci que la gent romprà. Qui perd els orígens, per identitat.**

Ustedes tienen en sus manos aprobar o rechazar la propuesta democrática que llega de Cataluña, y esta viene de un Parlamento pluripartidista, máxima expresión de la democracia, y con un consenso del 90 por ciento, no lo olviden en ningún momento. Merece ser escuchada como hasta ahora y tratada con respeto. Hemos hecho las cosas siguiendo el procedimiento marcado por la ley. Nada puede objetarse, pues, al método utilizado.

Quiero dirigirme a los representantes de los partidos que asumen la herencia política del combate democrático contra la dictadura, con los cuales tenemos la complicitad de la lucha por la libertad, y en particular al presidente del Gobierno. Señor presidente, sea usted valiente frente a la amenaza y al miedo; sea usted valiente en defensa de la democracia; séalo en defensa de la pluralidad interior del Estado; sea valiente, dignifique la política y las promesas electorales y cumpla la palabra dada. No vea en mí, en nosotros, a solo tres diputados. Detrás de nosotros está un Parlamento, detrás de nosotros está todo un pueblo, detrás de nosotros está una nación que no piensa dejar de serlo. Admitáanos lo que somos y cómo somos. Estamos aquí con una propuesta democrática para la convivencia y no para otra cosa, pero sean conscientes de que si ahora nos cierran esta puerta, ¿qué otra puerta nos dejan abierta? Les alargamos la mano en señal de diálogo y con voluntad de entendimiento. No la rechacen. **(Finaliza su intervención dando las gracias en catalán, castellano, gallego y euskera.- Aplausos.)**